



LA HOJA

PARROQUIAL



Domingo XIX después de Pentecostés

**Si muchos son los llamados
y pocos los escogidos,
¿no seremos confundidos,
viviendo tan confiados?**



¡A las tinieblas exteriores!

El Evangelio es del capítulo XXII de S. Mateo, y contiene la parábola de los que fueron convidados a las bodas y no quisieron asistir, llegando algunos hasta matar a los siervos del señor que venían a buscarlos para el banquete. El señor los mató y destruyó su ciudad, y después mandó a sus siervos que saliesen por las calles y caminos, y trajesen a cuantos encontrasen hasta que se llenasen todos los asientos. Así lo hicieron; más habiendo entrado el señor a ver los convidados, vió allí a uno que no traía el vestido de boda, por lo cual mandó que, atado de pies y manos, le arrojasen a las tinieblas exteriores, donde habrá llanto y crujir de dientes; porque muchos son los llamados, y pocos los escogidos.

Esta última sentencia de Jesucristo debía hacernos temblar, como lo hacía a los santos. Un San Jerónimo creía estar oyendo a cada instante la terrible trompeta que ha de llevar a Juicio. Una santa Teresa repetía con espanto a cada paso estas palabras: ¡Que para siempre!... ¡que por una eternidad!... Y

así los demás santos.

Y otros que no somos santos, que hemos cometido muchos pecados y en cambio nos asusta el solo nombre de penitencia, vivimos tan tranquilos, creemos, como se suele decir, que vamos a ir al cielo en automóvil. ¡Qué insensatos somos! ¿En qué fundamos esta seguridad?

«Dios es infinitamente misericordioso»; «yo no hago mal a nadie»; «el cielo no se ha de llenar de paja». Estas y otras muletillas nos sirven para seguir tranquilos, a lo menos aparentemente, y continuar en nuestros vicios o en nuestra pereza.

¡Cuán débiles son todos estos fundamentos! Dios es infinitamente misericordioso, pero también infinitamente justiciero: no ha-

rás mal, pero esto no basta, hay que hacer bien y servir a Dios positivamente para esperar el premio; el cielo no se ha de llenar de paja, pero paja sólo apta para el fuego del infierno son los cristianos tibios. Y los escogidos son pocos; ¿qué títulos tienes tú para ser de estos pocos? ¡Grande y terrible va a ser tu desengaño!

A trabajar unidos

—¿Qué tal, D. Simplicio; supongo que ya estará usted convencido de que hay que ser político, en el sentido de que hay que trabajar cuanto se pueda para derogar las leyes que atentan contra la Religión y contra el orden social?

—Verá usted: asistí el otro día a una conferencia, dada por una persona muy instruida, y en ella decía que hay que dejar a las cosas seguir su curso, que si ahora vamos camino de la destrucción de todos los principios básicos de la sociedad, en llegando al caos, saldrá de él, como el ave fénix de sus cenizas, una sociedad nueva llena de vigor y de felicidad.

—Y qué le parece a usted de eso?

—¿Qué sé yo?, tal vez tenga razón. Por eso digo que vale más esperar a ver en qué para.

—Pues es una majadería mayúscula, don Simplicio. ¡Cuántos horrores habría que sufrir en ese caos! ¿Y cuándo se saldría de él? Ahí tiene usted a Rusia que lleva diez y seis años, y para durar. Y después el salir habrá de costar mucho más que el remediarlo sin caer, como cuesta más levantar una casa caída que hacer, sin que caiga, las reparaciones que sean necesarias.

—Pero eso, por lo menos, será una opinión respetable, que bastará para eximirnos a los católicos de la obligación de meternos en política.

—No lo crea usted, D. Simplicio. Vea lo que dicen los Prelados españoles en la Pastoral colectiva que promulgaron a raíz de aprobarse la Constitución: «Cooperar con la propia conducta o con la propia abstención a la ruina del orden social, con la esperanza de que nazca de tal catástrofe una condición de cosas mejor, sería actitud reprobable que, por sus fatales efectos, se reduciría casi a traición para con la Religión y la Patria».

—¡Canastos! Pues yo traidor no quiero ser. No habrá más remedio que intervenir.

—Está bien, D. Simplicio; ya sabía yo que usted había de entrar en razones. Pero veamos en que forma piensa usted intervenir.

—Eso quería yo también preguntar a usted. Yo debo muchas atenciones a D. Tancredo; en otras ocasiones me ha pedido el voto, y no se le he dado porque me disculpaba con

mi aversión a la política; ahora no tendré más remedio que ponerme a sus órdenes.

—Según y conforme. ¿A qué partido está afiliado D. Tancredo?

—Me parece que al de don A.; pero eso no importa, ya sabrá usted que D. Tancredo es una excelente persona, y cumple como católico.

—Lo de buena persona no se lo niego; lo de cumplir como católico, si está afiliado a ese partido, es muy discutible. Por lo menos no será buen católico.

—¿Por qué no lo ha de ser?

—Porque no puede ser buen hijo de la Iglesia el que favorece a los enemigos de su Madre, y don A., y lo mismo don M., son masones y basta. Además tienen en sus programas errores varias veces condenados por la Iglesia.

—¿Y cómo me disculpo yo con don Tancredo?

—Diciéndole que está muy agradecido a sus favores, y procurará corresponder con otros de su parte; pero no en esta materia, por tratarse de asuntos de conciencia muy delicados.

—Entonces ¿a qué partido cree usted que debo afiliarme?

—Es muy bueno Acción Popular, y también el Tradicionalismo. La Iglesia no impone ningún partido político, con tal que se respeten y defiendan sus derechos. Lo que sí pide y exige es que los católicos nos unamos en un apretado haz para defender estos derechos. Vea usted lo que dice el Papa en la Encíclica «Dilectissima nobis», publicada poco ha: «Ante la amenaza de daños tan enormes, recomendamos de nuevo y vivamente a todos los católicos de España que, dejando a un lado lamentos y recriminaciones, y subordinando al bien común de la Patria y de la Religión todo otro ideal, se unan todos disciplinados para la defensa de la fe y para alejar los peligros que amenazan a la misma sociedad civil».

—De modo que habrá que afiliarse a uno de los dos partidos mencionados por usted?

—O a algún otro, si le hay en su región, que sea netamente católico. Pero... ¡cuidado! que en esta materia hay muchas falsificaciones; y puesto que se trata de una cuestión de conciencia, debe consultarse con el director espiritual, como se consultan otras cosas de menor monta.

El domingo próximo es el Día de las Misiones. Prepárate, lector cristiano, para celebrarle con oraciones y limosnas.

El Rosario y la rosa.

La rosa es la más bella de las flores, y el Ave-María es la más hermosa de las oraciones, con que podemos obsequiar a Nuestra Señora. La rosa es una flor medicinal, y el Ave-María y el Rosario, cuando se rezan bien, curan las enfermedades del alma, y las del cuerpo, si ha de ser para bien de nuestra salvación. La rosa es la reina de las flores, y la oración del Rosario es la reina de las oraciones. La rosa de Jericó es la más agraciada, la mayor, la más hermosa, la más fragante y preciosa, la más recomendable; así también la oración del Rosario es la más recomendable entre las devociones. La rosa de Jericó dicen que tiene ciento cincuenta hojas, y el Rosario consta de ciento cincuenta Ave-Marías. Finalmente, en el rosal hay hojas verdes, espinas y flores, y en el Rosario hay misterios de gozo, de dolor y de gloria.

Los artistas y el Rosario.

Murillo solía rezar el Rosario contemplando extasiado, en una de las iglesias de Sevilla, su precioso cuadro del Descendimiento. Cuando el sacristán le advertía que era la hora de cerrar, le contestaba: «Déjame rezar una decena más, a ver si entre tanto acaban de bajar al Señor».

Miguel Angel rezaba también el Rosario. En su Juicio Final, dos almas se unen la una a la otra con el Rosario, y una de ellas, que ha llegado antes al Cielo, con las cuentas del Rosario hace llegar a la otra.

El Taso expiró dulcemente, pasando entre sus manos las cuentas del Rosario, balbuceando el Ave-María.

Haynd, eminencia musical, decía: «Cuando rezo el Rosario, me acuden con tanta abundancia las inspiraciones, que el tiempo no me da lugar a escribirlas.

El Reto de un impío

La cerveza y el wiski habían corrido abundantes mientras la partida, cuando a uno de

los contertulios le ocurrió sacar conversación acerca de la religión.

—¡Dios—dijo blasfemando un joven casi imberbe del corro —es un fantasma! Yo he leído mucho a Ingersolle, y no puedo tener fe.

—Hay demostraciones de la existencia de Dios por todas partes, alrededor tuyo—dijo otro compañero.

—Puede que las haya; pero yo no las comprendo.—Y luego, en tono de reto, continuó el ateo: «Compañeros: si Dios se me demostrara Él mismo de alguna manera, por ejemplo, si Él me convirtiera en sordo, mudo o ciego, creería en su existencia.» Iba a replicar uno de los presentes, cuando notó que su compañero palidecía intensamente. De pronto, el escéptico extendió sus brazos hacia adelante, como tratando de evitar un golpe, y luego, con las manos convulsivas, se cubrió el rostro, cayendo instantáneamente en tierra.



Creyéronle muerto en un principio sus compañeros; y después, que aquéllo era fingido; luego corrieron en busca de un médico. Llegó éste, el doctor Drapper, y halló que el corazón de aquél funcionaba con irregularidad, inclinándose a considerar el ataque puramente nervioso; pero el joven, que cobró rápidamente sus fuerzas normales, ni habló ni pudo oír ya más.

